

## CARTA TERCERA

La infancia de la infancia. — Nodriz y filosofía. — Meditación junto á una cuna. — Perea de ciertos educadores. — Los pensamientos de Francisca II. — Historia de un botón de oro.

EN el tiempo en que Francisca II (un mes y dos días hoy, ocho libras setenta gramos la última vez que la pesaron) no era más que un seductor proyecto, te hice observar, querida sobrina, que la infancia es una vida completa que tiene también su infancia, su edad madura y su vejez. Las relaciones de la infancia con las cosas se modifican progresivamente en el curso de los tres períodos.

De cero á siete años (próximamente), el niño descubre la existencia de un mundo exterior — dispénsame este panorama verbal — el niño aprende á *ser fuerte*.

De los siete á los doce años, sale del estado puramente pasivo : al contacto de las cosas se acostumbra á *resistir*. Por último, al aproximarse á los doce años, se ejercita en el papel de microcosmo voluntario en medio la grandiosidad del mundo : aprende á *obrar*.

El más curioso, inteligible y enternecedor de estos tres períodos de la infancia, es indudablemente el primero. ¡ Gran suerte para los recién nacidos que los confien de ordinario á guardianas robustas, que no tienen el espíritu atormentado ni se empeñan en buscarle tres pies al gato ! Si los filósofos ó poetas reemplazaran á estas campesinas al lado de la cuna, olvidarían seguramente la hora del pecho y demás precauciones, acosados por la angustia del misterio, desamparados por la piedad, abstraídos en la meditación.

Hoy mismo hacía estas reflexiones al lado de la cuna de



.. ¡ Gran suerte para los niños que los confien á guardianas robustas !...  
(Pág. 36).

Francisca II. Me has permitido, querida sobrina, que actúe libremente, como si fuera el médico. La sólida guardiana que cuida á Francisca II y que más tarde completará, bajo tus miradas, por una lactancia artificial metódica el alimento materno que le das tú, acogió bastante mal mis primeras visitas. Después se ha corregido, porque yo le hablaba con una cortesía familiar, y también ¿lo dudas? porque he empleado con ella la máxima evangélica: « Créate amigos con la menos iniquidad posible. »

Pero Nunú no me trata como amigo sino á partir del día que te dije, por casualidad, delante de ella :

— Francisca, he recibido del campo esta mañana una triste noticia : uno de esos toros gascones que admiraste en nuestra propiedad el último otoño, ha muerto de indigestión.

Quando pronuncié estas palabras vi ensancharse los ojos de Nunú que, por un instante, olvidó delante del fuego el niño que tenía entre sus brazos... Después de esto ya no designa más que con « el señor que se le ha muerto un toro ». Este duelo ha despertado en su alma una compasión fraternal que, en adelante, será base de la cordialidad de nuestras relaciones. Me tolera y continúa delante de mí las ocupaciones de su oficio.

Iba, pues, á instalarme hoy á la cabecera de Francisca II. Tu hija dormía tranquilamente. No es uno de esos bebés ejemplares que se instalan deliberadamente en la vida para alimentarse y dormir : todavía no se le ha hecho perder el hábito de despertarse durante la noche llorando á gritos. Para calmarla no hay mejor remedio que ofrecerle el pecho. Entonces sucede un largo momento de reposo propicio á las observaciones y á la reflexión. Hasta cuando, después de su sueño digestivo, abre los ojos á la luz puede esperarse de ella un cuarto de hora de serenidad, de tolerancia. En seguida — ¡ ay ! — depende de los días y del humor...

Francisca II, provisionalmente alimentada, duerme en su cuna, que, en realidad, no tiene nada de tal desde que la ciencia moderna ha proscrito este antiguo instrumento de cría humana. Con evidente daño para los poetas y compo-

sitores de melodías, el siglo xx no admite que se meza á los niños. La cuna de Francisca II es una cama ordinaria, reducida á las proporciones de su cuerpo minúsculo ; pero es, intencionadamente hecha, una cuna que no se puede mecer.

Reforma insignificante que encierra una gran enseñanza : por eso insisto.

Se mece á los niños para impedirles gritar, para calmarles : pero los niños no lloran como cantan los pinzones, por placer. Lloran porque tienen hambre ó porque están en una postura incómoda. Antes que hacer cesar sus gritos por el cómodo procedimiento de mecerles, importa conocer la causa que les hace llorar y remediarla... Mecer á los niños es la primera confesión, el primer acto de esa PEREZA EDUCADORA de que tendré ocasión de hablarte frecuentemente más adelante. Y, como todos los actos de pereza educadora, es pernicioso. El niño adquiere una mala costumbre. Se le mece hoy, mañana, al otro, en el momento en que va á dormir ; en adelante no podrá dormirse si no le mecen...

Establezcamos á este propósito dos axiomas fundamentales :

I. La pereza de los educadores es la causa más frecuente y grave de las educaciones defectuosas.

II. La educación del niño debe comenzar desde el momento en que viene al mundo.

En su minúsculo lecho, de bordes bastante altos para que no pueda caerse (siempre que un niño se cae de la cama tienen la culpa los padres) ; sobre el colchón y la almohada de crin, una bola caliente á los pies, bien cubierta, pero sin edredón ; acostada de lado á fin de que la « regurgitación » no pueda asfixiarla, Francisca II, reposa.

Yo la contemplo.

El animalito humano no sólo es el más débil, el más indefenso de los animales : concede, mi querida sobrina, que es también uno de los más feos. Sólo la ilusión materna consigue idealizar esta cara ajada, rojiza, este cráneo periforme cómicamente ornado de pelos ralos y largos, este cuerpo desproporcionado, estos miembros que parecen encogidos por la anquilosis... Francisca II no escapa á la ley común.

Nunú puede afirmar, con su lenguaje campesino, « que será una real moza como la señora »; tu marido encuentra con orgullo la imagen de sus propios ojos azules en las pupilas rojizas de su hija; pero un observador imparcial como yo no distingue, en estos rasgos elementales, ninguna herencia física. Francisca II casi no tiene ojos, ni boca, ni nariz: por el momento no se distingue en ella más que cráneo, frente y mejillas. Concedo que posee bonitas extremidades; sus manos también son bonitas, como ciertas anémonas marinas; pero su bonitura no guarda ninguna relación con la belleza de las manos humanas ya formadas... Ya ves, Francisca. Pedrito, muy perspicaz para sus cinco años, ha dicho la última palabra sobre este asunto. Conducido á presencia de la recién nacida, ha manifestado primero una viva sorpresa y poco interés; después, ha pronunciado esta frase lapidaria:

« — Se parece á la madre de la portera... »

Siendo así que la madre de tu portera es una vieja somnolenta que se ve, confortablemente sentada, en el fondo de una portería suntuosa, el símil no es tan disparatado como puede creerse. Y es muy cierto que la primera infancia se parece extrañamente á la extrema vejez.

Mirar esta cosa pequeña y pensar: « Será un día una joven, es decir, la gracia, la sonrisa, la flor viva; una mujer, es decir, la ternura y la pasión; una madre, es decir, la encarnación suprema de la abnegación humana: » mirar á Francisca II y concebir este porvenir; ¡qué emocionante contemplación! ¡Cabecita poco menos que calva, te verás cubierta de sedosos cabellos y su perfume enloquecerá á los hombres! ¡Labios diminutos y babosos, el deseo de juntarse á otros barrerá como por una ráfaga la razón de muchos cerebros! ¡Manecitas frágiles que ni siquiera sabéis para lo que podéis servir, vuestra entrega significará la fundación de una familia! ¡Y vosotros, dedos, hoy inertes como pétalos, guiaréis á los niños en su paso por la vida!

Por el momento, Francisca II, no tiene noción de su destino de mujer. Es nada más que una aptitud para vivir, una inconsciente voluntad de vivir. ¿Inconsciente he dicho?



... Tu marido encuentra en ella, con orgullo, sus propios ojos azules...  
(Pág. 40).

Será más preciso decir irreflexiva. Porque desde su nacimiento, el animal humano, tan débil, recibe impresiones del mundo exterior y parece asociarlas á su personalidad naciente. Una cuádruple volición aparece rápidamente. El animal humano quiere la luz. Quiere alimentos. Quiere desembarazarse de los residuos de éstos. Quiere, en fin (aunque no tan distintamente), no estar molesto, oprimido por los objetos que le rodean.

Y hé aquí, á juicio mío, todo lo que quiere.

Esta cuádruple volición se afirma en tu hija, cuando despierta, sobre todo. Este momento llegó hoy un poco antes de lo que se esperaba : quizás porque á Nunú se le cayó al suelo la pala del fuego; más probablemente porque habiendo resbalado la cabeza de la niña por la parte derecha de la cuna, la regurgitación se hacía más penosa, la respiración más difícil. Despertar; lloros; clamor salvaje. Nunú coloca á la niña del lado izquierdo... Calma momentánea. Yo coloco una silla al otro lado de la cuna; observo el rostro, que se anima, que hace gestos arrojando por los labios una poca de leche.

Sus ojos me miran: dos lobulitos sin transparencia, muy parecidos á los ojos vidriosos de los ancianos. Azules, si se quiere. En realidad de un gris de agua turbia. Miran, esto es positivo; me miran. ¿Qué ven?

Contornos, no; oposiciones de sombra y luz, sí. El atractivo ó la repulsión del mundo exterior se resume así para Francisca : luz, bella, buena; amor á la luz; obscuridad, mala, páfida, odio á la oscuridad, gritar contra ella. Los ojos de Francisca II, que apenas si saben ver, siguen ya el rayo de sol ó la llama de una lámpara. Hasta creo entrever (quizás me equivoque; puedes comprobarlo) un intento de ademán, un esfuerzo para levantar la mano hacia « lo claro » y apoderarse de él, y (esto sin duda alguna), otro esfuerzo de los labios para sorberlo, para comérselo.

Existe, pues, en este animal que comienza un pequeñísimo destello de inteligencia, un débil resorte de voluntad. Tratemos de trasladarnos con la imaginación al centro de ese pensamiento y de esa voluntad. ¿Para qué serviría estar

clasificado como novelista-psicólogo si no se practica con facilidad la operación del desdoblamiento? ¡Tantas veces me he condenado á ser, imaginativamente, tal ó cual mujer mundana!

Tratemos de ser por un momento Francisca II.

LOS PENSAMIENTOS DE FRANCISCA II  
Á LA EDAD DE UN MES

« Yo soy. ¿Cómo, por qué y qué quiere decir esto?... Confusión. En torno mío claridad (bueno) y oscuro (malo). ¿Esta claridad y lo oscuro forman parte de mí?... Confusión... Hay también calor (bien), frío que dura poco, pero que es muy malo. La confusión que envuelve todo esto se despeja rápidamente : todo desaparece, y yo también. No « soy más ». Sueño.

» Reparación de mí y de la claridad. Nadie me ha enseñado á llorar, pero cuando lloro no tarda en desaparecer el mal. ¡Ah! ¡me remueven! El mal que estaba en contra mía ya no está... En tanto que por aquí hay una bonita claridad... me dan ganas de plegar mis ojos... Riamos. ¡Qué hermosa claridad!... Me esfuerzo por apoderarme de ella. ¿Qué es esto que se mueve al querer moverme yo? Sí, mi boca... Palpemos esta claridad tan bonita. Pero no es agradable, y, en suma no se deja mamar. ¿Y si gritara?... ¡Mira! mis manos se mueven.

» ¿Pero?... Hay aún algo mejor que todo esto. ¿Qué? ¡Ay!... ¡Obscuridad!... he olvidado. Me fatiga intentar recordar ese algo. Inmovilidad que intenta el recuerdo. Distensión. Un ligero grito que hace remover la luz y la obscuridad en torno mío. Calma. Observación pacífica de lo que me envuelve. Sensación de existir.

» ¡Otra vez! ¡Oh! Otra vez lo desagradable. La obscuridad; indudablemente; puesto que es oscuro es desagradable. Pero no veo esta obscuridad. Está en mí. Me atormenta. Me revuelvo para sacudirla y expulsarla. Pero no se marcha, aumenta. Debo moverme. Luchar. Afirmemos nuestra existencia, nuestra defensa contra lo que nos molesta.

Mi frente se arruga, me muevo, lloro... ¡ Victoria ! Ha huido la obscuridad interior. Libertad. Calma... Despejemos nuestro rostro. Hermoso momento. Decididamente, vivir es agradable.

» Vivir es agradable... Vivir es agr... No... vivir no es agradable. Yo estaba muy bien después de mi victoria sobre la obscuridad interior... Y hé aquí que casi de repente desaparece... ¿ Por qué ? ¡ Ah !... ¡ Obscuridad !... ¡ Ignorancia ! Picazones, humedad, molestia, en fin, no sé donde... muy lejos del sitio en que yo creo... Hay que gritar, gritar fuerte; la molestia acabará por desaparecer como siempre. La luz y las sombras se mueven en torno mío : buena señal; continuemos gritando... me trasladan; me quitan el calor; ¡ gritemos !... Cesan las picazones y la humedad; esto sería bueno si no me moviesen tanto; ¡ gritemos ! ¡ Cuánto me molestan ! ¿ No acabarán de mojarme y taparme ? Gritemos... ¡ Por fin ! Algo agradable en medio de las sombras... No se ve, pero penetra en la cabeza deliciosamente... algo parecido al ruido que produzco cuando grito; pero más dulce... un grito tranquilo, continuado, acariciador... me había olvidado de gritar. Hay que gritar... Lo mismo que antes : no me mueven... Extrema fatiga... Brusca desaparición de yo. ¿ Por qué ?

» ... Nueva reaparición de yo. ¿ Por qué despierto ? Esta vez sí que lo sé... Me hace falta la excelente cosa que deseo siempre, hasta cuando no la recuerdo bien. Ahora sí que me acuerdo : se chupa con los labios, es muy dulce en la boca y, además, distribuye por todo mi cuerpo un gran bienestar. Esto se obtiene como todo : gritando. ¡ Gritemos !... La obscuridad se mueve en torno mío. ¡ Si creeréis que voy á permanecer callada porque gritéis ó habléis ! En primer lugar, para lo que os oigo, no vale la pena de prestar atención... Además yo quiero mamar, tragar la excelente cosa. Y gritaré hasta que me la déis. Sí, gritaré, aunque me mostréis de cerca ese punto brillante que se mueve; no sé lo que es; pero quisiera metérmelo en la boca siempre que termino de mamar. ¡ Quiero mamar !... Quiero... Y grito fuerte... Os decidís... Me trasladan. Estoy seguro que es

para darme la excelente cosa... Consiento en no seguir gritando... Soy todo deseo, todo atención... ¡ Ah, la excelente cosa en mi boca, el azúcar, el calorillo, el bienestar para todo mi cuerpo !... »

¿ Te ries, Francisca mamá ? Al dar á tu hija esa ración de leche maternal, te burlas de este psicólogo impertinente que pretende seguir lógicamente el curso de los pensamientos de Francisca II. Y, después de un fogoso beso en la cabecita calva, dices :

— ¿ Verdad, querida mía, que este señor está tocado ? ¿ Verdad que eres muy pequeñita para tener, aunque sean tan pequeños pensamientos?... Dile, querida mía, dile : « Señor psicólogo, usted dice disparates de más bulto que los míos. »

De acuerdo, querida sobrina. La continuidad de « pensamientos » que me he visto obligado á suponer, no existen. Francisca II no tiene, en efecto, conciencia de que es una persona, de que lo que se despierta en ella es lo que acaba de dormirse algunos momentos antes. Y este es el defecto capital de mi hipótesis. Pero tú no puedes negar (y esto es lo que mi comentario intentaba dilucidar) que ese pequeño sér, tiene con el mundo exterior un contacto consciente, aunque discontinuo; no puedes negar que tiene deseos y no conoce los medios para satisfacerlos. Sombra de pensamiento, sombra de voluntad, ¡ y no cuenta dos meses ! Y ya aparece en él ese elemento que será para nosotros el principal factor de la educación : EL HÁBITO... Como tiene deseos violentos, si le cedemos siempre, no tardará en adquirir el hábito pernicioso y tendremos una educación viciada desde sus comienzos. Para evitar esto, siguiendo mis consejos, has dejado llorar á Francisca II, durante las primeras noches, tanto como ha querido, sin darle de mamar. Después de una lucha bastante larga, has conseguido que duerma casi toda la noche. Y comienzas también á disciplinar... ¿ cómo diré?... los hábitos complementarios de la nutrición : sólo por sorpresa ó engaño escapa Francisca II á las maneras correctas de lo que las nodrizas inglesas llaman púdicamente : *number one* y *number two*.

\* \* \*

¡ *Number one!* ¡ *Number two!* Graves motivos de cuidado para las madres de los recién nacidos. Y es que la infancia humana no tiene — ¡ ay! — la suavidad y la serenidad de las flores. « El duque del Maine, escribe M<sup>ma</sup> de Maintenón, tiene fiebre cuartana; el conde de Vexin se siente indispuerto; la señorita de Mantes acaba de recaer... » Nada de poético en la manera que tienen estos pequeños de indicar lo más precisamente posible, si están bien, regular ó mal. ¡ Maldición á las madres que, por exceso de sensibilidad nerviosa delegan por entero á una mercenaria este examen augural! ¿ Pero existen tales madres?...

Las habrá más bien que pequen por exceso, que se preocupen, que hablen demasiado. Todos los amigos del doctor Tasqué conocen, por confidencias de su señora, las digestiones de la « mecha científica ». ¿ Te acuerdas de la excursión que hicimos hace dos años á Fontainebleau con el doctor y su esposa? ¡ Cuánto trabajo le costaba á la madre dejar, durante una docena de horas, á su hijo, entonces en el estado del conde del Vexin! Accedió, sin embargo, dejándole al cuidado de la encantadora Silvia y á condición de que telegrafiaría al hotel donde habíamos de comer, dando cuenta á la ansiosa madre...

El telegrama se hizo esperar. Cuando nos sentamos á la mesa, aún no lo había recibido. Á cada instante, sin que nosotros pudiéramos evitarlo, se levantaba y corría á la oficina á informarse.

Por fin la vimos aparecer radiante, blandiendo el pape-lito azul. Y, sin preocuparse del auditorio nos gritó, desde la puerta, el texto del telegrama :

— ¡ Una vez nada más!... ¡ Botón de oro!...

¡ Pues bien, Francisca! ¡ Esto fué más conmovedor que ridículo!

## CARTA CUARTA

El hermano y la hermana. — Examen más profundo de « lo que es la educación ». — Doctrinas diversas. — Paralelógramo de los hábitos. — Definición precisa y completa de la educación. — Educación del estómago. — Vida física del niño. — Joven ciudadano y joven campesino. — El campo es superior á todo. — Necesidad de un hogar rural.

CON qué rapidez progresa, querida sobrina, la infancia del animal humano! Cinco meses ya que Francisca II vino al mundo y está muy lejos de usar de sus miembros, de su inteligencia y de su voluntad de la misma manera que una niña de cinco semanas. Si mis cartas han de seguir cronológicamente las etapas de esta evolución tendrás, entre dos cartas sucesivas, ocasión de olvidar la primera.

Avancemos, pues, la evolución de Francisca II.

Sin salir de tu casa, otro ejemplo de infancia, otro sujeto de estudio se nos ofrece: el primer hijo, el delfin tanto tiempo esperado, venido al mundo después de cuatro años de matrimonio. Siguiendo la ley ordinaria, en tanto que Francisca ha conquistado, inmediatamente, las preferencias paternas, la de la madre continúa siendo para Pedro, llamado cariñosamente Pedrote, ó Pedrito.

El franco gusto que te inspira la fisonomía fina, la elegancia nativa, la sensibilidad pronta, el espíritu despierto del delfin no te impide reconocer, entre nosotros, que la educación de Pedro no es, hasta el presente, un modelo. Tú te excusas gentilmente :

— ¿ Qué quiere?... Temíamos por su vida... Además ¡ es tan delicado! Su salud nos ha costado muchos trabajos. Todas las madres le dirán lo mismo : el primer hijo siempre